



3 / Guayaquil
II semestre 2019
ISSN 2631-2824

Eternamente Medardo Ángel Silva, o la contemporaneidad de un pensamiento centenario

Eternally Medardo Ángel Silva, or the Contemporary Thought of a Centenarian Writer

15

Michael Handelsman
University of Tennessee

Resumen

Medardo Ángel Silva (1898-1919) fue un escritor complejo y multifacético que consolidó el modernismo y la modernidad, la estética y la ética. Siempre atento a los conflictos y aspiraciones de su época y de su entorno, Silva emergió como un pensador contestatario que se debatía entre el lenguaje del poder y el poder del lenguaje en defensa del arte y la justicia social. Es de esa tensión constante y de su habilidad de asumirla como su razón de ser que contribuye a la contemporaneidad del pensamiento de Medardo Ángel Silva.

Palabras claves: Medardo Ángel Silva, modernismo, poesía ecuatoriana, crónica modernista.

Abstract

Medardo Ángel Silva was a complex and multifaceted writer who consolidated el *modernismo* and modernity, esthetics and ethics. Always attentive to the conflicts and aspirations of his era and of his surroundings, Silva emerged as a critical thinker who combatted the language of power with the power of language in his defense of art and social justice. It was from this constant tension and his ability to embrace it as his reason for being that we acknowledge his contemporary relevance.

Keywords: Medardo Ángel Silva, Modernism, Ecuadorian Poetry, Modernist Chronical.

16

Comienzo este homenaje a Medardo Ángel Silva refiriéndome al pronunciamiento del escritor mexicano, Jorge Volpi, quien comentó recientemente durante la III Bienal de Novela Mario Vargas Llosa que «la literatura latinoamericana ya no existe y que los escritores ya no responden a la tradición latinoamericana o en lengua española a la que respondían los escritores del *Boom* o la que respondió la generación de Bolaño». En la misma mesa, el distinguido catedrático de la UNAM, Gonzalo Celorio, secundó a Volpi señalando que «Latinoamérica ya pasó de moda».¹

A propósito de estas declaraciones de la no existencia de América Latina, no estaría de más recordar aquí al poeta y ensayista cubano Roberto Fernández Retamar, quien comentó en su ensayo seminal “Calibán”, de 1979, que un periodista europeo de izquierda le había preguntado: «¿Existe una cultura latinoamericana?», una pregunta a la cual respondió: «¿Existen ustedes? Pues poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte». Respecto a la reflexión de Fernández Retamar, no hemos de olvidar que José Martí ya había advertido en su ensayo clásico de 1891, “Nuestra América”, que «la colonia continuó viviendo en la república».

Esa misma insistencia en la no existencia no constituirá una novedad para el Ecuador, un país cuya ubicación geográfica se

1 Yanet Aguilar Sosa. “La literatura latinoamericana ya no existe: Volpi y Celorio”. *El Universal* (29 mayo 2019), sin página.

encuentra en una línea imaginaria. Pero ironías aparte, en lo que se refiere a Medardo Ángel Silva concretamente, Raúl Vallejo ha señalado que «casi nunca es citado en antologías hispanoamericanas de las letras modernistas». ² Carlos Calderón Chico también se ha referido a esa ausencia, pero ahora como un ocultamiento tal vez intencional: «Medardo Ángel es el escritor, el intelectual, cuyo discurso impugnador ha sido ocultado, ignoro si deliberadamente, o formando parte de un gusto oficial, donde solamente nos lo presentaron como el poeta enamorado de la muerte, vaciándolo de contenido con respecto al resto de su obra». ³

Con estos antecedentes en mente, me he puesto a pensar en el porqué de un homenaje a los cien años del fallecimiento de Medardo Ángel Silva (1898-1919). En vez de repetir algunos de los muchos tópicos que otros conocen mejor que yo, quisiera aprovechar la ocasión para reflexionar acerca del contexto mayor en que Silva vivió y construyó, poniendo de relieve varios temas constitutivos que considero esenciales si esperamos comprenderlo dentro de una historia cultural simultáneamente nacional e internacional, del pasado y de nuestro presente y, también, como constructor de un complejo pensamiento cuya pertinencia se encuentra en las tensiones inherentes a una modernidad ineludiblemente amarrada a lo que algunos llaman la colonialidad del poder. En otras palabras, Silva pertenece a un largo proceso histórico de múltiples continuidades y discontinuidades propias de una lucha entre el lenguaje del poder y el poder del lenguaje. En cierta manera, entiendo esta misma lucha como evidencia de la existencia de América Latina y de todo un mundo sumergido dentro de las quimeras que han logrado transformar las palabras de Descartes de «pienso, luego soy» a las de «consumo, luego soy» del capital.

En cuanto a la pertenencia y pertinencia de Silva a un largo y continuo proceso histórico que nos permite pensarlo no como un individuo aislado y raro, sino como un eslabón vital dentro de una historia literaria y cultural orgánica, resaltando su representatividad

2 Raúl Vallejo, "Medardo Ángel Silva y la crónica de una época de artificios", en Medardo Ángel Silva, *Obras completas*. Eds. Melvin Hoyos Galarza y Javier Vásconez (Guayaquil: Publicaciones de la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil), 461-486.

3 Carlos Calderón Chico. Comp. *Medardo Ángel Silva, crónicas y otros escritos*. Colección Lecturas Ecuatorianas (Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1999), 7.

más que su ejemplaridad, vale recordar a Federico de Onís, compilador de la importante *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* que afirmó en 1934 que

[...] el escritor americano al afirmar y realizar algo nuevo no niega lo anterior ni renuncia a ello, sino que la integra en una superposición de épocas y escuelas que conviven armónicamente en una unidad donde están vivos y presentes todos los valores humanos del pasado. Así ocurre que los modernistas hispanoamericanos son al mismo tiempo clásicos, románticos, y parnasianos, simbolistas, realistas y naturalistas.⁴

Este mismo concepto de proceso y su envergadura aparece en el análisis que hace Fernando Tinajero sobre el significado del 1895 en la historia ecuatoriana. Según propone:

Año-símbolo más que año-límite, 1895 representa la apertura de un proceso que había de extenderse hasta 1925 y que consiste en la lenta disolución de nuestro vivir decimonónico para alumbrar trabajosamente al siglo XX [. . .]. No final, por consiguiente, ni tampoco principio de otro modo de trabajo, sino proceso crucial que entremezcla la vida que muere y la vida que nace, y que es por ello vida y muerte al mismo tiempo.⁵

18

Indudablemente, Silva era consciente de pertenecer a esa tradición proteica y vital que lo precedía y que lo seguiría posteriormente. En su crónica “A los poetas de mi tierra” reconocía sus raíces como poeta, las mismas que compartían sus compañeros: «Mas casi siempre, advirtiéndose en nuestro canto el eco velado de lejanas voces maestras y extrañas sugerencias guiaron los dedos que tan sabiamente despertaban esas amables músicas, sometidas a pautas ajenas». Con un pie en el siglo XIX y el otro en el siglo XX, Silva asumió su rol de puente entre las generaciones y lo valoraba por su potencial de seguir alimentándose mientras alimentaba a futuros poetas. «Tras de nosotros» —exclamaba— «una adolescencia prometedora agita como bandera

4 Citado por Balseca, *Llenaba todo de poesía*, 124.

5 Citado por Raúl Vallejo en Medardo Ángel Silva, *Obras completas*, eds. Hoyos y Vásconez, 464.

6 *Obras completas*. Eds. Melvin Hoyos Galarza y Javier Vásconez, 613.

de rebelión las mismas melenas alborotadas de nuestros sueños primerizos [...]. Y es así como nuestra voz se prolonga de alma a alma [...].»⁷

No olvidemos, sin embargo, que ese proceso transicional ocurrió en una época convulsionada dentro y fuera del Ecuador y, lógicamente, iba a marcar a Silva profundamente. La Revolución alfarista, el *boom* cacaotero, la Revolución mexicana, la Revolución soviética, la Primera Guerra Mundial, la guerra entre EE.UU. y España de 1898 junto con todas sus consecuencias imperialistas y, claro está, la intensificación del poder del capital son algunos factores que contribuyeron a la formación de Medardo Ángel Silva y sus compañeros de época. El mismo Silva se situó dentro de ese escenario, explicando que «[...] fuimos reveladores, ya que no creadores, dimos al ensueño un valor por sí y le torcimos para siempre el cuello, si no al ganso de la elocuencia [...] sí al grajo del utilitarismo».⁸

Estas palabras de Silva apuntaban a una actitud y a un posicionamiento combativos, pero siempre desde el lenguaje cuyo poder se disputaba a lo largo y ancho de América Latina. Para contextualizar mejor esa lucha del lenguaje —o, mejor dicho, mi lectura de ella—, vale recordar al poeta chileno, Vicente Huidobro, y su “Arte poética” donde convocó a los poetas en 1916 de hacer florecer la rosa en vez de cantarla en sus poemas: «Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas! / Hacedla florecer en el poema». Pero, veintidós años más tarde, en 1937, Jorge Carrera Andrade declaró: «Nací en el siglo de la defunción de la rosa».⁹ En realidad, no hacía falta esperar a Carrera Andrade para anunciar la muerte de aquella rosa —o por lo menos el peligro de morir— ya que en 1919, pocos meses antes de su muerte, Medardo Ángel Silva había advertido en su crónica, “Plegaria nocturna”, que «los paquidermos chafan mis rosas».¹⁰

Como lector, encuentro en esta incitante metáfora el potencial de reconstruir —o si se prefiere, resignificar— la historia trascendente de Silva, pero siempre recordando al crítico Houston A. Baker, Jr. que ha puntualizado que de los hechos lingüísticos e históricos, lo que emerge no es la realidad, sino el acto de significar.¹¹

7 “Nosotros”, *Obras completas*, Eds. Hoyos y Vásconez, 621.

8 *Ibíd.*

9 Citado en *Balseca, Llenaba todo de poesía*, 143.

10 *Obras completas*. Eds. Hoyos y Vásconez, 490.

11 Houston A. Baker, Jr., *Blues, Ideology, and Afro-American Literature. A Vernacular Theory* (Chicago: The University of Chicago Press, 1984), 22.

También, para los propósitos de mi lectura, recorro a Wolfgang Iser y su observación de que la responsabilidad del lector no es asignar un significado a los textos, sino demostrar el potencial de los textos de significar. En otras palabras, nos detenemos hoy ante la vida y obra de Medardo Ángel Silva, no como una figura aislada, excepcional o arqueológica que se celebra cada cien años, sino como un creador vivo que sigue despertando en nosotros la capacidad de ver más allá de lo que acostumbramos mirar en nuestro día a día. Es así que el eminente académico y filósofo, George Steiner, al enfrentar en 2016 —cien años después del “Arte poética” de Huidobro— a los mismos paquidermos denunciados por Silva, declaró: «El poema que vive en nosotros vive con nosotros, cambia como nosotros, y tiene que ver con una función mucho más profunda que la del cerebro. Representa la sensibilidad, la personalidad». ¹² ¿No será esa sensibilidad la misma que Silva, Huidobro y Carrera Andrade defendían en la figura de la rosa, una rosa sin duda de múltiples connotaciones que, efectivamente, «vive en nosotros vive con nosotros, cambia como nosotros, y tiene que ver con una función más profunda que la del cerebro»?

20

Es de notar que lo que provocó la declaración de Steiner fue su reacción ante el estado actual de una educación que desvalora, cuando no abandona, las humanidades y las artes en general. Según Steiner, «Me asquea la educación de hoy, que es una fábrica de incultos». ¹³ Silva expresó la misma ansiedad y disgusto ante el tropel de los paquidermos de su época al pronunciar su voz de alerta: «[...] entre nosotros la mayoría juvenil es de una incultura admirable [...]. Se nota en el ambiente no ese estado de ignorancia que brega por adquirir la luz, sino una hostilidad de topo, una lucha de encrucijada, contra quien [...] logra tomar asiento de primera fila en el coliseo de la actividad mental». ¹⁴

El asunto es que Silva asumió su rol de intelectual frontalmente al insistir «en preservar las rosas ante el paso devastador de los paquidermos». ¹⁵ Como Ángel Emilio Hidalgo ha señalado, la actitud de Silva y sus compañeros de ruta implicaba «desprenderse de ciertas formas tradicionales de sociabilidad en un entorno mercantil

12 Véase la entrevista con Borja Hermoso, “George Steiner: ‘Me asquea la educación de hoy, que es una fábrica de incultos’”, *La Nación* (10 julio 2016).

13 *Ibíd.*

14 *Obras completas*. Eds. Hoyos y Vásconez, 537.

15 Balseca, *Llenaba todo de poesía*, 176.

capitalista y rodearse de un aura de autoridad que les llevará a imaginar una realidad, otra, desde la cual expresarían su “ideal” de vincular el arte con la vida». ¹⁶ En el caso de Silva, ese ideal era complejo, como lo fue para muchos modernistas latinoamericanos en transición hacia una modernidad, siendo ellos irónicamente ya modernos pero desde los avatares coloniales inseparables de dicha modernidad, cimentada en una perversa retórica civilizatoria que todavía nos flagela siempre en nombre de un progreso incluyente que paradójicamente excluye, margina y deshumaniza a millones de personas mientras asfixia y estrangula a la flora y fauna del planeta.

Aunque Silva y su época distan mucho de nosotros, pertenecemos a un mismo proceso de construcción y reconstrucción, de significación y resignificación, siempre en un estado de tensión que marca profundamente, también, nuestra contemporaneidad. Recordemos con Balseca que «Para Silva, la vida moderna es fascinante y peligrosa a la vez, y en esa tensión se desenvuelve su actividad intelectual». ¹⁷ Ángel Emilio Hidalgo resalta esa misma tensión al examinar el Guayaquil de la época de Silva:

Si bien constatamos que el crecimiento sociourbanístico del puerto principal estuvo ligado a un auge económico que contribuyó al nacimiento y consolidación de la burguesía comercial y bancaria [...], la gran mayoría de quienes residían en Guayaquil no disfrutaba de los beneficios de la naciente modernización capitalista. ¹⁸

Además, continuando con el análisis de Ángel Emilio Hidalgo,

Lo popular cotidiano ha sido, por tanto, expulsado de la “civitas”, de forma que la construcción de la nación es imaginada por estos ilustrados como una cruzada laica contra quienes no logran “armonizar con las leyes” impuestas por ellos mismos: sujetos varones, blancomestizos y letrados, abocados en la tarea de civilizar al “pueblo”. ¹⁹

¹⁶ Ángel Emilio Hidalgo. *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil (1895-1920)*. Serie Magister, 162 (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Corporación Editora Nacional, 2014), 11.

¹⁷ Balseca, *Llenaba todo de poesía*, 21.

¹⁸ Hidalgo, *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil*, 16.

¹⁹ Hidalgo, *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil*, 32.

Esa misma «construcción de la nación imaginada» destacada por Hidalgo fue asumida por Silva como un sitio de lucha entre el lenguaje del poder y el poder del lenguaje que ya mencioné anteriormente. De manera que Silva fue mucho más que aquel “poeta niño”, aquel suicida por un amor fracasado, aquel poeta de uno de los pasillos más famosos del repertorio musical nacional, de aquel poeta de versos lúgubres debido a su obsesión por la muerte. Sí, fue esas cosas, pero su contemporaneidad no radica allí; es decir, me parece a mí que este homenaje dedicado a los cien años de su fallecimiento adquiere su plena razón de ser al recordar que Silva era un pensador contestatario desde la palabra y que comprendía que la estética tenía que complementarse con la ética. Es más, me atrevería a proponer que en no poca medida el ejemplo de Silva nos ayuda a comprender el modernismo como un eslabón clave en la trayectoria hacia la nación moderna, no solo en el Ecuador, sino en muchas partes de América Latina, precisamente por haber participado en parecidos procesos de representación de aquellas rosas amenazadas por los paquidermos del poder, los mismos que nos amenazan a nosotros.

22

Hace poco, Javier Vásconez comentaba que escribir implica siempre estar en tensión con la sociedad y que la creación no permite una reconciliación. Así fue la suerte de Silva y sus compañeros de época dentro y fuera del Ecuador. Balseca señala que «Para Adoum, estos poetas abren un camino. De esta manera se abandona la ruta de la poesía comprometida con el Estado y la construcción de la sociedad estatal; la de ahora es una poesía que establece su decir poético como un combate en el que se quiere poner de relieve la subjetividad humana y no la sociedad de su entorno».²⁰ Es así que en uno de sus ensayos sobre las crónicas de Silva, Raúl Vallejo ha puntualizado: «La preferencia del cronista reside en hacer de la crónica una prosa cargada de una subjetividad que evidencia una intención de ‘hacer literatura’ más que de ‘hacer periodismo’ [...] y, si bien parte de ‘sucesos’, siempre prefiere reflexionar a partir de ellos antes que ‘narrar los hechos’».²¹ Por lo tanto, según el mismo Vallejo, «El testimonio que Medardo Ángel Silva nos ha dejado en

20 Fernando Balseca, “El niño poeta de Guayaquil” en Medardo Ángel Silva, *Obras completas*. Eds. Hoyos y Vásconez, 19.

21 Raúl Vallejo, “Medardo Ángel Silva y la crónica de una época de artificios”, en *Medardo Ángel Silva. Obras completas*. Eds. Hoyos y Vásconez, 476.

sus crónicas no es solo el de *la ciudad como fue*, sino, sobre todo, el de *la ciudad como fue sentida* por la mirada del poeta». ²²

Ya se sabe que el período de 1895 a 1920, más o menos, fue de transición y, como Ángel Emilio Hidalgo apunta, ese período del liberalismo también es una etapa «conocida como la primera modernidad ecuatoriana». ²³ Para los propósitos de mi lectura, quisiera rescatar de aquella época transicional el gran incendio de 1896, un incendio que arrasó con dos terceras partes de la ciudad y que precipitó una reconstrucción que tuvo grandes implicaciones culturales puesto que dicha reconstrucción no iba a realizarse fuera del uso de la imaginación. Así que, mientras los arquitectos, constructores e inversionistas reconfiguraban la ciudad según sus intereses y su percepción de cómo debía ser una urbe moderna, los poetas también se pusieron a trabajar desde el lenguaje para crear «una nueva ciudad como hábitat. [...] Los modernistas tuvieron que inventar no solo su tradición sino también sus contextos». ²⁴ No olvidemos que ese proyecto de inventar nuevos espacios y contextos también conllevaba crear nuevos significados.

En el caso de Silva, esa ruptura emerge con toda fuerza en sus crónicas, especialmente en los últimos dos años de su vida (1918-19) cuando se vio con la necesidad de deconstruir aquellos nuevos imaginarios urbanísticos, enfrentando el lenguaje del poder con el poder del lenguaje. Es decir, mediante la ironía, las paradojas, la sátira, entre otros recursos poéticos, Silva empleó las crónicas como un espacio alternativo donde el poeta pudo dar rienda suelta a su conciencia social, anticipando la emergencia del Grupo de Guayaquil del futuro inmediato.

De manera que, en medio de la euforia ante la construcción del nuevo Guayaquil, con todas sus promesas de progreso y modernización gracias al *boom* económico de la exportación del cacao, Silva recorría esa ciudad de noche, ya libre de las ofuscaciones de una sociedad vulgar de gustos y de aspiraciones y hechizada por el brillo del oro no tan distinto de aquel que el Rey Burgués de Darío exhibía groseramente ante otro poeta que solo soñaba con un elusivo ideal. El contraste de noche y día que tanto le sirvió a Silva como metáfora de una sociedad en ciernes miope e indiferente ante el sufrimiento humano que, en el fondo, seguiría reclamando justicia

22 *Ibíd.*

23 Hidalgo, *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil*, 9.

24 Balseca, *Llenaba todo de poesía*, 130.

hasta nuestros días, a veces en silencio, a veces a gritos. En su crónica, “La ciudad mística (Recuerdos de antaño)”, Silva advierte a sus lectores —a los de ayer y a nosotros de hoy—: «La noche piadosa vela la miseria, el dolor diario, la ruindad ambiente, y hasta pone —oh, ironía nocturna!— una lluvia de estrellas en las calles fangosas. Con el día torna la vulgaridad de la urbe a la circulación y empieza el trajinar de los hombres prácticos y sudorosos».²⁵ Sin las distracciones del día y bajo esas mismas estrellas, Silva escribe en otra crónica titulada “En la ciudad doliente”: «La cárcel, el hospital, la morgue, el hospicio, el manicomio, esta es la ciudad doliente [...]. Aquí viene el desecho, el bagazo lo que la urbe estrujó, y arroja, como los restos de un naufrago a la playa».²⁶

Nada se le escapaba al cronista, especialmente la hipocresía y la vanidad de los sectores económicamente acomodados. De hecho, en su crónica “La ciudad nocturna”, la comienza con una dedicatoria de Jean D’Agrève, su seudónimo, que reza así: «A la hipocresía de las gentes serias, a la ignorancia de los buenos, al pudor de los tartufos, a la piedad mentida de los hombres formales: a todas las falsas virtudes y a todos los vicios enmascarados, dedico esta crónica infame, triste como el Vicio y como la Noche [...]».²⁷ Sin duda, Carlos Calderón Chico acertó al comentar que Silva se había convertido «en un intelectual contestatario, irónico [...], un escritor que escribe, no para complacer, ni deleitar, sino para golpear allí donde más duele, en las ‘buenas conciencias’ de sus frívolos lectores».²⁸

Cuando Huidobro les reclamaba a los poetas a dejar de cantar a la rosa para hacerla florecer, él rompía con aquellos vates del siglo XIX, con los que se contentaban con lo superficial, con los versos altisonantes que ya no respiraban vida. El llamado de Huidobro exigía profundización y una creatividad capaz de complejizar el entorno de cada uno. El violinista Isaac Sterne diría que la música es la que se escucha entre las notas, mientras que el gran músico de jazz, Miles Davis, les exigía a sus compañeros que tocaran lo que no

25 Medardo Ángel Silva, *Obras completas*. Eds. Hoyos y Vásconez, 503. Todas las citas de Silva que siguen a continuación vienen de esta edición de sus obras completas.

26 Silva, *Obras completas*, 497.

27 Silva, *Obras completas*, 515.

28 Carlos Calderón Chico, comp. *Medardo Ángel Silva, crónicas y otros escritos*. Colección Lecturas Ecuatorianas (Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1999), 13-14.

estaba escrito. Medardo Ángel Silva también veía, pensaba y escribía desde los vacíos que esperaban nuevos contenidos. Por eso, él proclamaba en su crónica “Orientaciones”: «¡Guerra a lo viejo! —no a lo que es belleza producida por los que nos precedieron, sino a lo que es rutina, lugar común, mediocridad, vulgaridad, ideas usadas y gastadas [...]» (636). No olvidemos que Silva se proyectaba como un constructor de una nueva sensibilidad más apta para los desafíos de esa emergente modernidad que desplazaba a los poetas por ser ilusos e inútiles frente al progreso que priorizaba lo práctico, lo rápido, lo inmediato. «Ya se ha imitado, copiado y calcado bastante» —declaraba Silva— «tras el afán de demolición ha llegado la hora de construir y eso es lo que se espera y lo que ya están efectuando algunos bellos intelectos jóvenes».²⁹

Los modernistas a lo largo y ancho de América Latina plantaron, poco a poco, la semilla de la discordia frente a un creciente mercado que amenazaba con absorber todo y a todos. Así fue el caso de Silva, el mismo que comentó Raúl Vallejo:

El poeta del ‘sublime arte’ niega la terrible posibilidad de que la poesía pudiera convertirse también en mercancía; por eso le niega al mundo burgués la posibilidad de apropiarse del sentido estético de la poesía y reafirma la idea de que esta es incompatible con la mercancía.³⁰

25

En efecto, la lucha de Silva y de muchos otros ‘modernos’ de su época —y de la nuestra— fue y sigue siendo la de significar la modernidad mientras se la arrebatava a los paquidermos y otros depredadores del mercado.

Pero no confundamos los sentidos y significados de aquel “sublime arte” o ese “sentido estético” destacados por Vallejo. En el fondo, no se trataban de escapismos, poses artificiales, refugios hacia torres de marfil, exhibicionismo narcisista o tantas otras tergiversaciones de lo que constituía el modernismo latinoamericano. Por supuesto había imitadores y poetas de poca imaginación entre los modernistas; pero los escritores como Silva comprendían que el lenguaje era poder y, por lo tanto, lo defendían precisamente porque

29 Silva, *Obras completas*, 634.

30 Silva, *Obras completas*, 474.

asumían con urgencia su rol contestatario de «atalayas, altavoces de sus ideas»³¹ justamente porque «arremeter contra la ‘burguesa seriedad’ era en sí mismo una apuesta por la dignidad del arte y la sensibilidad del ser humano».³²

En el caso de Silva, las crónicas le ofrecían la plataforma necesaria para elaborar su pensamiento moderno mientras se situaba en una sociedad con pretensiones de modernidad que no lo quería debido a su inconformismo con los proyectos dominantes de una modernización incompleta y excluyente.

En efecto, desde su rol como cronista, Silva paulatinamente —pero paradójicamente en pocos años de vida— desarrollaba una poética que apuntaba a una eventual democratización de la palabra, aunque todavía de una manera incipiente. Sin duda alguna, el periódico le abrió un espacio que le permitió esta evolución de haber sido un poeta modernista que terminó siendo un pensador moderno.³³

Aunque los críticos de su época como Isaac J. Barrera, Gonzalo Zaldumbide y Manuel J. Calle, por ejemplo, nunca aceptaron, o reconocieron, la dimensión medular del modernismo como un proyecto de ruptura y de reconstrucción a la vez, Silva fue plenamente consciente de dónde venía y adónde iba artística y socialmente. En su crónica “Nosotros”, él aprovechaba el espacio periodístico para ofrecerles a los lectores una suerte de testimonio de lo que constituía el modernismo para, así, contrarrestar los malentendidos y las tergiversaciones que pretendían deslegitimar los contenidos de la obra creativa de Silva y de sus contemporáneos. Concretamente, él escribía:

Nuestra generación nació al arte entre los años 1912 y 14 [...]. Traíamos un violento deseo de llegar; traíamos una colmada primavera, abundante en frutos melíferos [...]. Agitada y luchadora fue aquella juventud; incompreensión y estrechez de criterio armaron contra nosotros voluntades de académicos y de mediocres [...].³⁴

31 Hidalgo, *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil*, 11.

32 Vallejo, “Medardo Ángel Silva y la crónica de una época de artificios”, en *Medardo Ángel Silva. Obras completas*, 480.

33 Balseca, *Llenaba todo de poesía*, 77.

34 Silva, *Obras completas*, 617.

Desde su posición de intérprete de su generación, Silva también interpelaba las clasificaciones y categorías demasiado generalizadas que tendían a homogeneizar a escritores realmente heterogéneos, aunque compartían el mismo anhelo por lo nuevo y lo moderno. En “Orientaciones”, él aclaraba que «A los que siguen las modernas tendencias literarias se les llama modernistas y el errado criterio de nuestro público ha agrupado bajo esa designación a todos los jóvenes intelectuales de hoy».³⁵ Luego en la misma crónica, Silva continuó definiendo la coyuntura literaria del momento: «Es hora ya de que se convenzan los que dicen llamarse intelectuales que el Modernismo ha muerto; queda de él amor a la libre expresión artística y la emancipación de las gastadas reglas. Pero ello no significa el desprecio por el idioma, sino, al contrario, su culto [. . .]».³⁶

Esta aclaración de Silva no debe interpretarse como una negación del modernismo como tal; de hecho, Silva reconoce su continuidad y su capacidad de renovación. Por lo tanto, no estaría de más repetir aquí lo que planteé en mi libro, *El modernismo en las revistas literarias del Ecuador: 1895-1930*, al señalar que el modernismo era una época en constante evolución. Además, por «su naturaleza sincrética y pluralista, toda definición demasiado exclusiva que ha pretendido precisar los rasgos estilísticos y temáticos del modernismo ha fracasado *ab initio*. De ahí la necesidad de enmarcar el modernismo en un esquema amplio y flexible—o sea, epocal».³⁷ Fue Federico de Onís quien insistió que no había realmente una diferencia entre modernismo y modernidad, recordando a sus lectores que tanto el modernismo como lo moderno se caracterizaban no solo por su novedad, sino por su heterogeneidad.³⁸ De manera que, más que una diferencia, la reflexión de Silva pone de relieve la complementariedad dentro de dicha heterogeneidad, o si se prefiere, dentro de una época heterogénea llamada modernidad. Con su mirada siempre hacia el futuro, por lo menos en términos de ponderar su aporte al arte y a la sociedad, Silva comentaba: «Y es así como queda perennizado nuestro acento que tuvo [...] la virtud de apuñalar la sombra con un rayo que anunciaba la gloria de las albas venideras».³⁹

Esta última referencia a «la gloria de las albas venideras» de

35 Silva, *Obras completas*, 634.

36 *Ibíd.*

37 (Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1981), 22.

38 *Ibíd.*, 21.

39 “Nosotros”, en Silva, *Obras completas*, 621.

nuevo pone de relieve no solo su participación activa dentro de la evolución de una literatura original, innovadora, honesta y, se suponía, duradera, sino que también patentiza un sentido de comunidad entre los escritores, el mismo que motivaba a Silva a comprender su creación como una importante expresión de un proyecto colectivo que salía a la luz especialmente cuando ingresó como colaborador y promotor de las letras en el mundo de las revistas literarias como *Renacimiento* y en *El Telégrafo Literario*, en particular. De ahí su exhortación para que «nuestros amigos, poetas, pintores, estudiantes —selecta pléyade preparada para tales ministerios— se unan; laboren, abran libres discusiones, pronuncien conferencias sobre Estética, Literatura, Artes; que editen libros».⁴⁰

La propuesta de Silva de organizarse colectivamente se caracterizaba por su amplia proyección como escritor y difusor cultural dentro y fuera del Ecuador. De acuerdo con el sincretismo que Silva había incorporado como una suerte de *modus vivendi*, junto con una actitud contestataria ante el craso utilitarismo de la época, y siempre con miras hacia una modernidad entendida como una época proteica, los mismos que eran fundamentos clave que dieron forma al modernismo latinoamericano, Silva resaltó la envergadura de su proyecto al escribir en *Renacimiento*:

Pensamos con toda sinceridad que, si no fuimos los que expresamos el más alto valer intelectual de la hora [...]. No fue menos meritoria nuestra campaña de extensión, podremos decir patriótica, nuestro empeño religioso en revelar al Continente valores nuestros desconocidos, al mismo tiempo que atentos a una bien intencionada solidaridad americana dábamos acogida entre nosotros a prestigiosas firmas extranjeras [...].⁴¹

Es importante tomar en cuenta, sin embargo, que esta convocatoria a la unión de literatos —todavía más una aspiración que una realización— respondía a una necesidad de sobrevivencia que Silva expresó así: «En esta dura lucha en que vivimos las gentes de pluma, es amargo observar la desunión de los grupos literarios que combaten solos, en una

40 "Del ambiente", en Silva, *Obras completas*, 560.

41 "Nosotros", en Silva, *Obras completas*, 618.

labor individualista, casi anulando el esfuerzo personal, con un derroche inútil de energías que, en bloque, dieran hermosos resultados».⁴²

Aunque su círculo de compañeros representaba una élite de intelectuales, sobre todo si se considera la época y el sofocante analfabetismo que todavía la caracterizaba, tanto en el Ecuador como en el resto de América, Silva se perfilaba como defensor de la inclusividad, muy afín del ideal del liberalismo que nació con la Revolución alfarista de 1895. Así que Silva, pese a la exquisitez de su formación como intelectual y artista, apostaba por nuevos horizontes más democráticos dentro de los límites, claro está, de la época.

No gustamos —escribía en una de sus crónicas titulada “Del Ambiente”— de esos ateneos que son pequeñas academias y templos sacros reservados a un número escogido por la voluntad de quienes se arrojan el título de dispensadores de prestigio; queremos un núcleo joven, comprensivo y estudioso, liberado ya de esa carcoma del alma que se llama la Envidia. Un centro cultural [...] formado por cuantos puedan dar su aporte mental y su contribución de ideas al perfeccionamiento colectivo.⁴³

29

Aunque proyectaba una visión relativamente optimista al referirse a «la gloria de las albas venideras», y expresaba el mismo optimismo con sus llamados a la unión, Silva no pecaba realmente de iluso. De hecho, los obstáculos que dificultaban —cuando no imposibilitaban— ese futuro y ese esfuerzo por pensar y trabajar colectivamente no dejó nunca de angustiar a Silva, destinándolo a un permanente estado de tensión. Por eso, en la misma crónica “Del Ambiente” que acabo de citar, Silva también lamentaba: «Vivimos aislados del movimiento cultural del continente y los que luchamos, en la Prensa, nos sentimos solos ante la tontería de los mediocres, la incomprensión de la masa, la pobreza ideológica del medio y ¡ay! también heridos por los malos compañeros, falsos servidores del Ideal y fieles cruzados del Odio».⁴⁴

En vez de derrotismo, las condiciones que Silva deploraba más bien apuntaba a un escepticismo que intensificaba su combatividad

42 “Del ambiente”, en Silva, *Obras completas*, 559.

43 Silva, *Obras completas*, 559-560.

44 Silva, *Obras completas*, 560.

como defensor de dicho Ideal y, por lo tanto, al mismo tiempo que él animaba a sus compañeros a aferrarse al elusivo Azul, también dejaba en claro lo que implicaba el futuro inmediato del escritor:

La profesión literaria que tú sueñas camino de gloria, es muy dura, joven iniciado. [...]. Al comienzo de tu labor literaria te llamarán los cofrades ya consagrados por el sacro óleo del Tiempo, “esperanza de futuras glorias”; pero tienes que resignarte a ser una esperanza vitalicia: si sospechan que puedes hacer tambalear sus tronos de pontífices, te lapidarán [...].⁴⁵

Y para que no hubiera duda sobre el destino que esperaba al escritor de veras (como a Medardo Ángel Silva, por ejemplo), Silva advertía en la misma crónica: «En tan áspero camino irás dejando trozos de tu alma y cuando llegues a la anhelada cumbre —si llegas— serás un prematuro envejecido y los laureles de tu corona te punzarán las sienes como si fueran espinas».⁴⁶

Pero Silva no terminó su reflexión todavía, agregando que

30

[...] lo más probable, es que mueras poco menos que desapercibido; tu defunción la anunciará, entre un aviso de específico yanqui y un suelto de crónica, el diario de que fuiste —asiduo colaborador—: aquello será el epílogo de la tragedia-comedia de tu vida; y debes agradecer —en ultratumba— el Director, que haya suprimido la inserción del *réclame* de una fábrica de embutidos, para ocuparse de tu óbito.⁴⁷

La mordacidad de esta última estocada sobre la profesión literaria adquiere aún más fuerza mediante un tono irónico que convierte una lamentación expresada aparentemente para desalentar a los jóvenes iniciados en una voz de alerta que más bien los movilizaba en defensa del Arte. Claro, recurrir a la ironía no ha de sorprendernos puesto que permea gran parte de la obra literaria de Silva y, de hecho, apenas un mes antes de su muerte él había señalado que «yo sigo siendo alumno de la Eironeia».⁴⁸

45 “La profesión literaria”, en Silva, *Obras completas*, 599-600.

46 Silva, *Obras completas*, 600.

47 *Ibíd.*

48 “Del ambiente”, en Silva, *Obras completas*, 548.

Indudablemente, Medardo Ángel Silva fue, y sigue siendo, una figura compleja. Mientras imploraba a sus compañeros poetas a inspirarse en la «grande escena» de América que Andrés Bello había celebrado en su “Alocución a la poesía” de 1823, y mientras les hablaba «en nombre de nuestras selvas; donde florece el prodigio, y de nuestros bosques en continuo parto de maravillas»,⁴⁹ también decantaba dicha «grande escena» al reconocer con no poca amargura que «Tenemos una brillante juventud [...] que sale de los colegios doctorada en ignorancia, a agotarse en las oficinas públicas, o ingresa en las Universidades a conquistar, sin fervor, el título que habilita para ganar dinero lo más decentemente posible».⁵⁰

No olvidemos que Silva era incansable frente a un deshumanizante pragmatismo que corroía espíritus y la capacidad de lo que hoy se llama el “sentipensar”. Por eso, exclamaba que «más que los presupuestos, las cotizaciones [...] amo la ondulación de las olas que, son, en matiz, varias infinitamente, a las viajeras nubes, a las tardes solares en que urde el viejo Helios mentiras maravillosas y, Midas omnirrefulgente, aurifica lo que toca su varita de milagros».⁵¹ En efecto, y retomando aquella observación de Javier Váscquez que ya mencioné, entre Medardo Ángel Silva y los paquidermos que chafaban sus rosas, no hubo nunca una reconciliación de criterios, aspiraciones y sueños.

Tal vez en ese estado de permanente tensión radica la contemporaneidad de Silva. Es de notar que Fernando Balseca puntualizó que «la poesía de Silva pervive entre sus lectores de hoy no porque solamente sea testimonio de una época y de un modo de sentir, sino porque sus sentidos se instalan en las preguntas que siempre se está haciendo el sujeto humano».⁵² Me parece que esas preguntas en el fondo podrán reducirse principalmente a dos: ¿quiénes somos?, y ¿quiénes quisiéramos ser? Para Medardo Ángel Silva y los modernistas en general, las respuestas conducirían a la posibilidad de una contracultura, de un pensamiento humanista que no se rendiría ante los intereses dominantes del capital. El pensar implicaba sentir y soñar porque, como había explicado aquel poeta de “El Rey Burgués” de Rubén Darío, «viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y

49 “A los poetas de mi tierra”, Silva, *Obras completas*, 614.

50 “Adolfo Hidalgo Nevaes”, en Silva, *Obras completas*, 642-43.

51 “Del ambiente”, en Silva, *Obras completas*, 548.

52 Silva, *Obras completas*, 18-19.

es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro; de estrofas de amor. [...] ¡Oh, la poesía! [...] el ideal, el ideal».

A pesar del abandono y miseria que vivió el poeta, relegado a tocar una musiquilla insípida y sosa mientras daba vueltas al manubrio de un organillo dentro de los jardines suntuosos del Rey Burgués, y aunque «el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio», murió «con una sonrisa amarga en los labios», «pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal [...]».

Darío describió su cuento como un «canto alegre», y me parece que lo es precisamente porque el poeta no se rindió nunca en su búsqueda de completitud, de su plena humanidad. Defender el ideal venía y viene con dolorosos sacrificios, algo que Silva comprendió mientras llevaba la misma «sonrisa amarga» del poeta rubeniano. «Hacer florecer la rosa», como reclamaba Huidobro, constituía la razón de ser de Medardo Ángel Silva; y después de cien años de su fallecimiento, nosotros todavía nos encontramos ante el mismo desafío de rescatar y cultivar aquel «poema que vive en nosotros, vive con nosotros», según George Steiner.

Borges enseñaba que hay dos muertes. La primera es la que nos espera a todos, y por ser natural no debe lamentarse realmente. Pero, la otra es cuando ya no hay nadie más que nos recuerde, y esa muerte es cruel. Así que, en nombre del poema que llevamos adentro, ese mismo poema que cultivaba Silva, nos compete a nosotros recuperar su ejemplo y hacerlo florecer frente a nuestros paquidermos, precisamente para que “el poeta niño” siga siendo eternamente Medardo Ángel Silva.

Bibliografía

- Baker, Jr., Houston. *Blues, Ideology, and Afro-American Literature. A Vernacular Theory*. Chicago: The University of Chicago Press, 1984.
- Balseca, Fernando. “El niño poeta de Guayaquil”, en Medardo Ángel Silva, *Obras completas*, eds. Melvin Hoyos y Javier Vásconez. Guayaquil: Publicaciones de

- la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2004.
- . *Llenaba todo de poesía. Medardo Ángel Silva y la modernidad*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2009.
- Calderón Chico, Carlos. Comp. *Medardo Ángel Silva, crónicas y otros escritos*. Colección Lecturas Ecuatorianas. Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1999.
- Handelsman, Michael. *El modernismo en las revistas literarias del Ecuador: 1895-1930*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1981.
- Hermoso, Borja. “George Steiner: ‘Me asquea la educación de hoy, que es una fábrica de incultos’”, *La Nación* (10 julio 2016).
- Hidalgo, Ángel Emilio. *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaquil (1895-1920)*. Serie Magíster, 162. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Corporación Editora Nacional, 2104.
- Silva, Medardo Ángel. *Obras completas*, eds. Melvin Hoyos y Javier Vásconez. Guayaquil: Publicaciones de la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2004.
- Vallejo, Raúl. “Medardo Ángel Silva y la crónica de una época de artificios”, Medardo Ángel Silva, *Obras completas*, eds. Melvin Hoyos y Javier Vásconez. Guayaquil: Publicaciones de la Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2004.

Michael Handelsman (New Jersey, 1948). Recibió su MA y PhD en Lenguas Romances y un diplomado de nivel de doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de la Florida. Es Profesor Distinguido Emérito de la Universidad de Tennessee donde ejerció la cátedra de Literatura Latinoamericana y dirigió los programas interdisciplinarios de Estudios Latinoamericanos y Estudios Globales. Es autor de dieciséis libros y más de ochenta artículos publicados en revistas indexadas, la mayoría de los cuales tratan temas ecuatorianos. En 2012 fue nombrado Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Profesor de Honor de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Quito, donde ofrece seminarios en los doctorados de Estudios Culturales Latinoamericanos y de Letras Hispanoamericanas.